

LUCRECIO EN AMERICA

● Por ARTURO ARDAO

★ Para muchos de sus compatriotas, Lucrecio es un nombre desconocido. Médico, historiador, filósofo, humanista, es el más grande polígrafo que en el más grande país de Bello Horizonte Venezuela después de Bolívar. Muy diversa fueron sus vocaciones intelectuales. Entre ellas no fue la más notable versión española de Lucrecio, que América empieza a conocer y apreciar.

Nació en 1857 y muerto en 1928, perteneció a la generación venezolana y continental formada en pleno siglo de las doctrinas positivistas y por el ambiente espiritual de su época, se sintió solicitado por las ciencias naturales. Pero fue en definitiva en el campo de las humanidades donde encontró la parte fundamental de su inspiración filosófica naturalista que amplió a ese campo la esencial obra propia de su formación y su inclinación. De tal conjunción de intereses e ideas, nació su magna obra, la versión por Lucrecio, el clásico poeta de la materia y de la naturaleza. Nació también su más grande ensayo, el estudio sobre el trabajo humano, que no dio por terminado sino al cabo de casi treinta años de labor, y que recién ahora, varios meses después de su muerte, se va a publicar.

Fue Alvarado un conocedor profundo de las lenguas clásicas y modernas. Se dio a leer el latín desde su primera edad escolar; estudió griego, hebreo, provenzal; se afirma que hablaba con soltura el árabe, alemán, francés, italiano, inglés, alemán, alemán e italiano, inventó y analizó casi todas las lenguas y dialectos indígenas de Venezuela. Hizo el más amplio estudio de la cultura de Lucrecio entre los antiguos, de Humboldt entre los modernos—y en ocasiones tradujo sus propios escritos al francés y al alemán.

La traducción de Lucrecio, en la que puso a contribución toda su sapiencia de latinista, constituyó, sin embargo, sólo una parte de su magna obra. Fue una traducción idiomática a cargo de un consumado lingüista Documenta, al par que de una cultura clásica de Alvarado, una significativa obra de liberación. Surge así del conjunto de circunstancias que se rodearon. Se incorpora por tanto, como a la de las letras, a la historia de los ideas en América.

El siglo XIX surgió especialmente pronto a la gloria de Lucrecio. Por su largo ejemplo del espíritu naturalista, por otro lado, el positivismo se hizo en plano científico—de las teorías positivistas, motivaron un interés creciente por él en Francia, en Inglaterra, en Alemania, se confrontaron y se puran las versiones existentes del texto. De vez en cuando, se hacen nuevas traducciones, se hacen comentarios y estudios críticos de su texto. En el trabajo que le dedicó en

1894, decía Bergson: "Al siglo XIX eslabón reservado, que se le da a conocer lo que puede hacerse, el texto de Lucrecio, y de proporcionar a este autor la estimación, la admiración de los hombres, poco a poco, hasta ahora, el desde los últimos años del siglo de Augusto".

De ese movimiento participa España como rezo. Es cierto que ya a fines del siglo XVIII, el famoso Abate Marchena había hecho una traducción en verso. Pero permaneció inédita y desconocida hasta que Mendizábal y Peláez noticia de ella en un capítulo de Los heterodoxos españoles. Se publicó poco a poco en las ediciones de Lucrecio a la que en la época realizó en prosa Rodríguez Navas y que vio luz en 1893 con un prólogo de Pi y Margall. Ampleas publicaciones de Lucrecio resultan inseparables del movimiento de ideas filosóficas naturalistas, al mismo tiempo que de ideas religiosas racionalistas, que entonces alcanza su máxima expansión.

Fue en esas circunstancias históricas que, en medio de un cuadro ideológico, que Lisandro Alvarado, quien ya había editado todavía ninguna traducción española de Lucrecio, emprendió en su ayuntamiento de Guaymas, después del 90, en coloquios mantenidos en Londres con otro ilustre venezolano, José Gil Fortoul, estrecho compañero de jornadas de ideas y de orientaciones filosóficas. Ya en 1884 pudo escribir: "Al fin ha terminado, lo menos mal que se puede, la traducción que he venido anunciando del poema de Lucrecio. Fruto este ensayo de una idea suya, y habiendo yo recibido gratuitamente el manuscrito para realizarlo, su generosa voz de aliento, es muy justo que piense también en usted para dedicárselo."

Alvarado corrigió sucesivamente su versión de Lucrecio. En gran parte, se puede seguir las alternativas de esa tarea a través de su "Epistolario", de Gil Fortoul, que su hijo publicó. Murió, empero, sin haber podido ver editado su trabajo, del que sólo quedó en vida un artículo en la revista venezolana. Los manuscritos, incluso, llegaron a considerarse perdidos después de su muerte, hasta que pudieron ser localizados en 1948.

En 1950 el gobierno del Estado de Lara, natal de Alvarado, presidió entonces por el desdichado historiador Carlos Felice Cardot, procedió a su publicación por primera vez. En 1958 fue reeditado como tomo VI de la edición de Obras Completas de 1948, que Alvarado llevada a cabo por el Ministerio de Educación de Venezuela. Este volumen incluye un estudio preliminar del filósofo español residente en Venezuela, Juan David García Bacca, y sustanciosas noticias históricas, biográficas y bibliográficas a cargo de Carlos Felice Cardot, y Oscar Sambrano Urdaneta (*).

Que su intención fue antes filosófica que literaria, es lo que se propuso Alvarado. En la misma carta a Gil Fortoul ya mencionada una vez concluida su tarea, decía: "Por escasa que sea la obra de Lucrecio, yo he escrito un poema filosófico y aún bastante abstracto del mérito literario, que

LISANDRO ALVARADO

(1858-1929)

(Fragmento de una semblanza)

★ CUANDO REGRESA (de Europa) Ha consolidado el propósito de internarse, definitivamente, en el corazón de

Comienza, entonces, una etapa signada por el fervor científico y el incansable labor. Humildemente trajeado, con escasos y rudimentarios instrumentos, sin apoyo oficial de ninguna especie, Alvarado se consagra a la tarea de observar la naturaleza y el hombre venezolanos. Con serenidad y clara letra va llenando cuadernos de anotaciones que comprenden historia, flora, fauna, mineralogía, folklore, léxico, etnografía, medicina. Lee incansablemente en varios idiomas y sus libros el mejor presente que puede recibir de sus amigos en el extranjero. Escribe cartas a Tulio Febres Cordero en Mérida; a Pedro Manuel Araya, en Falcón; a Luis R. Oramas y Samuel Darío Maldonado, en Caracas; a Belomil Tavera Acosta, en Ciudad Bolívar; y de estas solicita datos que cada uno puede aportar de sus respectivas regiones y especializaciones. Con lo que observa directamente, lo que extrae de los libros y lo que acopia como parte de la generosa cooperación de sus amigos y compañeros, Alvarado va configurando sus obras.

La necesidad de investigar directamente, y el deseo de no mezclar su nombre a las esferas políticas, lo llevan a convertirse en un especie de ermitaño solitario. Posee amigos en todos los campos, pueblos y caseríos de Venezuela. En muchas casas tiene cuarto reservado. Llega cuando le parece, y se marcha sin avisarle a nadie, como si no quisiera molestar en lo más mínimo. Las gentes que lo conocen se disputan la satisfacción de alojarlo y son guardianes del silencio y de la paz que deben rodear a un sabio metido entre sus papeles y objetos de estudio. En un pesado baúl conduce su arcaico y laboratorio ambulante, como puede los favores que recibe. Ejerce gratuitamente la medicina e interpone sus conocimientos legales en defensa de los más débiles. Vigila e interviene en la educación de su pueblo y se interesa vivamente por propagar una reforma del sistema carcelario.

Su gabinete de trabajo es tal vez el más amplio y disperso de cuantos como él han investigado en Venezuela. Tiene libros y papeles en Caracas, Ospino, Guarema, Barinas, El Tirol, Zorzar, Barquisimeto, Ciudad Bolívar... Cuando concluye algún ensayo lo envía a cualquiera de sus amigos para que lo conserve o publique. No lo tentaron jamás vaidades ni ambiciones materiales. Vive muy pobremente y rehuye honores y distinciones. En medio de su aparente desorden de viajero impenitente, es uno de los más organizados trabajadores: sabe donde están todas sus cosas, tiene cuidadosamente las cartas que recibe, corrige con esmero sus libros; estudia metódicamente y está al día en materia de lo que se publica en Europa en relación con sus especializaciones.

Oscar Sambrano Urdaneta

desaparece en gran parte en la versión, bastante es todavía lo que queda a favor de él, cuando se comparan sus tendencias filosóficas del día". Eras tendencias a que alude, eran las del cientismo naturalista, conforme lo continúa: "... a la moral universal —añadía— ha venido refundiéndose a los ojos de la ciencia de hoy día en la selección natural, y la selección natural, lo mismo que el origen de las especies y la hipótesis de la evolución, encuentran campo fecundo en el positivismo científico. En particular en el libro V, donde también podrán gozar los conocedores de la lengua latina de los cuadros más bellos de los homónimos de las palabras, del estilo más grave y majestuoso, que contiene la obra, en los

pasajes en que el poeta expone el plan de la creación".

En el siguiente prólogo que antepuso a su traducción, vuelve Alvarado a los mismos conceptos. Señala la carencia de satisfactorias versiones españolas de Lucrecio, y escribe: "... tendríamos con esto excusa si ofreciéramos ahora, puesto en lengua vulgar y en el supuesto de que pueda sólo ser útil para los que hablamos el español americano, un libro clásico a que han dado gran importancia los recientes progresos de las ciencias naturales. Lucrecio —proclama más adelante— es hoy el poeta de los sabios". Comentando este pasaje, el autor de la traducción americana de Lucrecio, dice García Bacca: "Alvarado se movió, pues, (Pasa a la Pág. sgte.)

Lucrecio en...

(Viene de la Pág. anterior)

a emprender la traducción de *De rerum natura* por motivos de actualidad en aquellos años aurorales de la técnica moderna."

Esos motivos de actualidad se le ron obstáculo para que llevara a cabo su tarea con parsimonia y escrupulosidad científicas verdaderamente ejemplares, ajustándose a un meditado plan de que da cuenta en el prólogo. Cuando redactó a éste definitivamente y se habían editado las versiones de Metchena y Rodríguez Navas. Observa en ninguna de ellas "se dice una palabra en lo concerniente al texto copiado, a las variantes, a los pasajes puros o traspuestos; y menciona —añade— porque de ello depende en cierto modo la exactitud de la interpretación y el sentido que a veces transmiten las ideas del autor."

Expone el fundamento de las diversas normas a que se somete, tomando como base el texto latino establecido por el inglés Munro, "admirable trabajo —decía Bergson— hecho sin acobardar a los futuros editores de *Lucrecio*". Y sobre ese texto, el acervo de los más modernos estudios filológicos y exegeticos. "Hoy tenemos la oportunidad —continuaba Alvarado— de poner a nuestro servicio la sagacidad y erudición de Lachmann, de Madvig, de Bernays, de Munro, de Martha L. boriosas investigaciones han sometido a un riguroso y acertado cotejo los índices descubiertos, y trabajos especiales y comparativos esclarecen así y allá el texto de un poema filosófico al cual sucedió una larga era de ignorancia y superstición."

En su estudio preliminar, Gerardo Bacca ha puesto de relieve los méritos de la traducción, haciendo diversas confrontaciones con la inglesa del mismo Munro y la francesa de Ernest No queda en desventaja la de Alvarado: armonizan en ella la fidelidad filosófica con la literaria, la del pensamiento con la de la letra.

Fue en 1910 que publicó Santayana su conocido libro *Tres poetas filósofos: Lucrecio, Dante, Goethe*, en el que manifiesta tan grande admiración por el latino. Por esas fechas, al cabo de dos décadas de labor, Alvarado seguía puliendo y retocando su traducción en el norte y en el sur de América, el hispano-norteamericano Santayana y el venezolano Alvarado, se inclinaban simultáneamente sobre el poema de *Lucrecio*, con el mismo afán de relación al pensamiento vivo de nuestro tiempo.

Arturo Ardao

(*) Obras Completas de Leandro Alvarado, Vol. VI, DE LA NATURALEZA DE LAS COSAS de Tito Lucrecio Caro. Edición bilingüe. Ministerio de Educación, Dirección de Cultura y Bellas Artes. Compañía Editora de las Obras Completas de Leandro Alvarado. Caracas, Venezuela, 1958.